

á renunciar á sus colonias con tal de obtener la paz. Tal era su lenguaje, á pesar de que si la Francia se hubiese resuelto á tratar sobre semejante base, hubieran ellos alzado justos clamores, pues por lo que es hoy la riqueza de Java puede juzgarse si era interés de valía el que defendía la Francia al defender sus colonias. El rey Luis tomó el partido que le pareció más fácil, que fué identificar sus miras con las de los holandeses y granjearse los accediendo á sus deseos. Es indudable que cuando se admite el gobierno de un país se deben abrazar sus intereses pasajeros; es menester favorecer aquéllos y dominar éstos, y cuando uno llega á ser rey en una nación extraña por las armas de su patria, justo es renunciar á una fortuna que cuesta el afrentoso precio de ser traidor á una y á la otra. El rey Luis no se hallaba en tan dura necesidad, porque la verdadera política de los holandeses era unirse estrechamente con la Francia para combatir la supremacía marítima de la Inglaterra. Cuando esta supremacía triunfaba habían de perder ellos forzosamente la libertad de los mares, donde pasaban su vida, y las colonias, sin las cuales no podían subsistir. Tratando más bien de agradarles que de servirles, el rey Luis admitió un sistema de hacienda conforme con sus intereses momentáneos. A los treinta y cinco millones de florines de renta se agregaron cerca de quince millones de contribuciones nuevas, lo cual hacía ascender la renta total á cincuenta millones de florines, y para reducir el gasto de setenta y ocho millones á cincuenta se cercenaron proporcionalmente el ejército y la marina. El rey de Holanda escribió á París que estaba resuelto á abdicar si no se admitían estas reducciones, de modo que el espíritu de resistencia de los pueblos aliados, que Napoleón había creído granjearse más seguramente por medio de la institución de las monarquías de familia, renacía para él de nuevo en sus mismos hermanos. Mucho le desagradó aquella carta, porque semejante resistencia demostraba una suma ingratitud así por parte de los pueblos que la Francia había libertado, como por parte de los reyes á quienes había coronado. Sin embargo, procuró disimular su disgusto, y contestó que accedía á las reducciones propuestas, pero que no se sorprendera la Holanda si en las negociaciones presentes ó futuras se la abandonaba á sus propios recursos. La Holanda, decía, está en su derecho para rehusar sus arbitrios, pero también la Francia lo tiene para negar su apoyo.

No hay secreto, por íntimo que sea, que no descubra en breve la malicia de un enemigo. El rey Luis tomó cierta actitud que reveló su resistencia á Napoleón y llegó á hacerse extremadamente popular. No contribuyó poco á granjearle la estimación del pueblo holandés, naturalmente económico y juicioso, la severidad de costumbres que afectaba; sin embargo, al mismo tiempo que quería pasar por hombre modesto y sencillo, no le arredraba el gasto de una coronación y de una guardia real, confiado en que por estos medios se aseguraría en el trono, cuya posesión le lisonjeaba bastante más de lo que quería dar á entender. Napoleón criticó la institución de una guardia real por las mismas razones ya expuestas á José, y se opuso de una manera perentoria á que la ceremonia de la coronación tuviese lugar cuando en la Europa entera iba á encenderse una guerra general. Así iban despuntando desde los primeros días de su institución los inconvenientes anejos á esas monarquías de fa-

milia, que Napoleón se había determinado á fundar por afección y por sistema; cuánto más útil no hubiera sido para su poder y satisfacción propia el valerse de aliados independientes, á quienes pudiera haber tratado con arreglo á sus merecimientos!

Así iban las cosas en general en la vasta extensión del imperio francés, cuando acaeció el rompimiento con la Prusia. Sin contar las tropas de la confederación del Rin y del reino de Italia, tenía Napoleón cerca de quinientos mil hombres, entre los cuales hay que contar los suizos, que servían en virtud de capitulaciones celebradas, y además los soldados del Valais, Polonia y Alemania, que habían pasado al servicio de la Francia. Hecho el descuento ordinario de gendarmes, veteranos é inválidos, quedaban unos cuatrocientos cincuenta mil hombres de milicia activa, entre cuyo número había ciento treinta mil allende los Alpes, contando los depósitos ciento setenta mil en el grande ejército, acantonados en el Palatinado superior y la Franconia, cinco mil que habían quedado en Holanda, otros cinco mil que estaban de dotación en las naves, y por último ciento cuarenta mil diseminados por el interior. En estos últimos se comprendían la guardia imperial, los depósitos y los regimientos que aún no tenían destino fuera de Francia. A excepción de unos cuantos regimientos de infantería que contenían cuatro batallones, todos los demás tenían tres, dos de ellos destinados á campaña y el restante de depósito, situado generalmente en la frontera. Los batallones de depósito del grande ejército ocupaban la longitud del Rin desde Huninga hasta Wesel y el campamento de Boloña. Los del ejército de Italia se hallaban en el Piamonte y en la Lombardia. Cuidando Napoleón con el mayor esmero de la organización de los depósitos, era su ánimo que entrasen en ellos los reclutas un año antes de lo acostumbrado para que instruidos, disciplinados y acostumbrados á las fatigas de este tiempo, pudieran llenar los huecos que el tiempo ó la guerra dejaban en los veteranos. Con el alistamiento de 1805 que se reclamó por completo á fines de aquel mismo año y la mitad del de 1806 que se reclamó desde principios de éste, se habían llenado los cuadros de jóvenes aptos para el servicio, y muchos habían ido ya destinados á Alemania é Italia. Reclamó después Napoleón la segunda mitad del alistamiento de 1806, que en las leyes de aquella época llevaba el nombre de reserva; el contingente anual era á la sazón de sesenta mil hombres; verdaderamente idóneos una vez incorporados con las tropas aguerridas, siendo de notar que aún se abstenía el gobierno de hacer extensivos los alistamientos á siete ú ocho departamentos de la Bretaña y de la Vendée. Iban, pues, á ingresar en los cuadros otros treinta mil hombre más; pero la destinación de los soldados ya instruidos debía dejar los huecos suficientes para dar cabida á los nuevos. Napoleón por otra parte quería destinar á Italia muchos de ellos. Tenía la precaución de hacer marchar á todos los reclutas que habían de atravesar los Alpes en gruesos destacamentos, con sus oficiales al frente y revestidos ya con el traje militar, para que al salir del imperio no los vieran diseminados y vestidos de paisano.

Después de haber cuidado del aumento del ejército, distribuyó con un tino consumado la totalidad de sus fuerzas.

El Austria seguía protestando de pacíficas intenciones. Napoleón contestaba con iguales protestas; pero no obstante había resuelto tomar sus medidas para el caso en que, aprovechándose aquélla de su posición lejana, tratase de lanzarse sobre la Italia. El general Marmont ocupaba la Dalmacia con veinte mil hombres, y le mandó Napoleón que después de dejar escalonados algunos destacamentos desde el centro de la provincia hasta Ragusa, reuniese en la misma Zara, que era ciudad fortificada y capital del país, el grueso de sus fuerzas, la abasteciese de víveres, armas y municiones, é hiciese de ella por fin el eje de todas sus operaciones ofensivas y defensivas. En caso de verse acometido, Zara debía servirle de punto de apoyo y proporcionarle una larga resistencia; si, por el contrario, se veía precisado á alejarse para concurrir á las operaciones del ejército de Italia, en aquella misma plaza tenía un sitio seguro donde dejar depositado su material, sus heridos, sus enfermos, todo cuanto podía servirle de estorbo para la guerra ó no le era posible llevar consigo.

Eugenio, virrey de Italia y confidente de los planes de Napoleón, tenía encargo de no dejar en la Dalmacia parte alguna de material ni de tropas que no fuese absolutamente indispensable y de reunir todo lo restante en las plazas fuertes de Italia. Estas plazas, después de la conquista de los Estados venecianos, habían sido objeto de una nueva clasificación, diestramente calculada, y estaban á la sazón atestadas de trabajadores empleados en las construcciones propuestas por el general Chasseloup y mandadas llevar á efecto por Napoleón. La principal y más adelantada hacia el Austria era la de Palma-Nova. Después de la famosa ciudadela de Alejandría, era la que Napoleón activaba más, por cuanto con ella esperaba dominar toda la llanura del Friul. A Palma-Nova seguía, algo á la izquierda y cerrando las gargantas de los Alpes Julianos, Osopo; después Legnano sobre el Adige, Mantua sobre el Mincio, y por último, sobre el Tánaro, Alejandría, que era la base esencial del poderío francés en Italia. Se habían dado órdenes para encerrar en estas plazas la artillería, que ascendía á más de cien bocas de fuego, y para que no se dejase fuera de su recinto objeto ninguno, ya fuese cañón, fusil ó proyectil, de que el enemigo pudiera apoderarse por sorpresa. En esta clasificación se había comprendido la ciudad de Venecia que, aunque carecía aún de buenas obras de defensa, tenía por baluarte las lagunas, y eligió Napoleón para su mando al general Miollis, oficial dotado de singular energía, mandándole que dispusiese con toda urgencia las obras necesarias para sacar provecho de las ventajas de aquella situación, hasta tanto que pudieran construirse las fortificaciones regulares que debían hacer la plaza inexpugnable. Osopo, Palma-Nova, Legnano, Venecia, Mantua y Alejandría fueron los puntos fortificados donde Napoleón distribuyó los depósitos. Los que pertenecían á los ejércitos de Dalmacia y Lombardia estaban repartidos en las plazas, desde Palma-Nova á Alejandría, para que se instruyeran al mismo tiempo de cubrir sus guarniciones; á los del ejército de Nápoles se les había reunido en las Legaciones. A estos depósitos tenían que dirigirse los quince ó veinte mil reclutas destinados á la Italia. Napoleón, que repetía continuamente que la calidad y duración de un ejército dependían del esmero con que se

formasen los batallones de depósito, había dictado las medidas convenientes para que este esmero recayese igualmente sobre la sanidad y la instrucción de los soldados, y para que aquellos batallones pudieran siempre suministrar, además del contingente regular á los batallones de guerra, guarniciones para las plazas, y además una ó dos divisiones de refuerzo, dispuestas á dirigirse hacia los puntos donde pudieran ocurrir urgencias imprevistas. Asegurada de este modo la defensa de las plazas, el ejército activo venía á ser en su totalidad disponible. Consistía este ejército en diez y seis mil hombres



El general Chasseloup

para la Lombardia, diseminados en el Friul, y veinticuatro mil escalonados desde Milán á Turín, todos ellos dispuestos á emprender la marcha. Quedaba el ejército de Nápoles, de la fuerza de unos cincuenta mil hombres, gran parte de los cuales estaban prontos á obrar inmediatamente. Estaba en el país Massena; si se rompía la guerra con Austria, sus instrucciones eran encaminarse hacia la Italia superior con treinta mil hombres, reunidos con los cuarenta mil que ocupaban el Piamonte y la Lombardia. No había en Austria ejército ninguno capaz de vencer al indomable Massena, disponiendo éste de setenta mil franceses y teniendo además defensas como Palma-Nova, Osopo, Venecia, Mantua y Alejandría. Ultimamente, en caso semejante el mismo general Marmont debía representar un papel de alguna utilidad, porque si por casualidad se veía bloqueado en la Dalmacia, estaba seguro de tener empleados treinta mil austriacos por lo menos, y si no lo estaba, podía caer sobre el flanco ó la espalda del enemigo.

Estas eran las instrucciones enviadas al príncipe Eugenio para la defensa de la Italia, las cuales terminaban con la siguiente recomendación: «Leed diariamente es-

tas instrucciones, y todas las noches examinad lo que de día hubiereis hecho para seguir las; pero hacedlo sin rumor, sin efervescencia de cerebro y sin alarmar á nadie.» (Saint-Cloud, 18 de septiembre de 1806.)

Preocupado siempre con lo que podría intentar el Austria mientras él estuviese en Prusia, tomó Napoleón disposiciones análogas en lo concerniente á la Baviera. Había mandado al mariscal Soult que dejase una guarnición considerable en Braunau, plaza de cierta importancia por causa de su situación sobre el Inn. Había recomendado que se ejecutasen en ella las obras de más urgencia, y que se hiciese acopio de las maderas que por el Inn bajan de los Alpes, diciendo *que mientras no faltasen brazos y maderas se podía levantar una plaza fuerte en cualquier punto desierto*. Había destinado de guarnición en Braunau el 3.º de línea, que era un regimiento soberbio de cuatro batallones, tres de ellos de guerra, y además quinientos artilleros, quinientos jinetes, un destacamento bávaro, y muchos oficiales del cuerpo de ingenieros, componiendo entre todos la fuerza de unos cinco mil hombres. Reunió en aquella plaza víveres para ocho meses, gran cantidad de municiones y una suma considerable de dinero, y á estas precauciones agregó la elección de un comandante de carácter, dándole instrucciones dignas de servir de lección á todos los gobernadores de ciudades sitiadas. Acompañaba á estas instrucciones la orden de defenderse hasta el último trance, sin rendirse más que cuando no se pudiera pasar por otro punto y después de haber sufrido tres asaltos formales.

Había decidido además Napoleón que se reuniese en las orillas del Inn una parte del ejército bávaro que tenía á su disposición en virtud del tratado de la confederación del Rhin; había mandado formar una división de quince mil hombres de todas armas, y situarla al pie de las baterías de Braunau: con estas fuerzas, aunque no pudiera sostener la campaña, podía sin embargo oponer ciertos obstáculos á un enemigo que asomase de improviso, y proporcionarse un punto de apoyo para el ejército que acudiese á socorrer á la Baviera. En efecto, por muy internado que estuviese Napoleón en Alemania, siempre podría, después de haber alejado á los rusos y prusianos ganándoles una batalla, caer sobre la Bohemia por la Silesia ó la Sajonia, hacer caer al Austria, y escarmentarla si se atrevía á intentar una nueva agresión. Después de haberse preparado de este modo contra el Austria, dirigió su atención hacia las partes del imperio donde los ingleses amenazaban desembarcar.

Mandó á su hermano Luis que formase un campamento en Utrecht, compuesto de doce ó quince mil holandeses y de los cinco mil franceses que habían quedado en Holanda. Reunió en torno de la plaza de Wesel, de que acababa de apoderarse la Francia desde la adjudicación del ducado de Berg á Murat, una división francesa de diez ó doce mil hombres. El rey Luis debía dirigirse sobre Wessel, tomar el mando de aquella división, y reuniendo á ella las tropas del campamento de Utrecht, simular con treinta mil hombres un ataque contra la Westfalia; pero sin limitarse á esto solo, debía esparcir el rumor de una reunión de ochenta mil hombres, y preparar algún material para hacerlo más verosímil. Mucho deseaba Napoleón, por las razones que en breve expondremos, llamar hacia aquel lado la atención

de los prusianos; pero en realidad más quería que el rey Luis, sin alejarse mucho de la Holanda, se mantuviera siempre dispuesto, ya á defender su reino contra los ingleses, ya á unir sus movimientos con los de los cuerpos franceses situados sobre el Rhin ó en Boloña. Además de los siete cuerpos del grande ejército, destinados á llevar la guerra lejos del imperio, había resuelto Napoleón formar un octavo cuerpo, al mando del mariscal Mortier, que se encargase de girar en torno de Maguncia, de vigilar la Hesse, de tranquilizar con su presencia á los confederados alemanes y de reunirse por último con el rey Luis hacia Wesel. Este cuerpo, formado con las tropas del interior, debía constar de veinte mil hombres; pero para reunir este número era menester todo el ingenio de Napoleón; porque si de los ciento cuarenta mil hombres estacionados en lo interior se descontaban los depósitos y la guardia imperial, eran muy pocas las tropas que quedaban disponibles. Independientemente de este octavo cuerpo, tenía el mariscal Brune este año, lo mismo que el precedente, el encargo de conservar la escuadrilla de Boloña, empleando en ella los marinos y varios batallones de depósito, cuya fuerza ascendía á cerca de diez y ocho mil hombres. Napoleón no quería emplear los guardias nacionales sino con grande parsimonia, porque temía conover el país, y más que todo el hacer extensivas á una parte demasiado considerable de la población las cargas de la guerra. Confiando, no obstante, en el espíritu belicoso de ciertas provincias fronterizas, no le repugnaba armar en la Lorena, en la Alsacia y en Flandes, algunos destacamentos, poco numerosos y bien escogidos, compuestos de compañías de preferencia, es decir, de granaderos y cazadores, y pagados cuando se movilizasen. Fijó su número en seis mil para el Norte y otros seis mil para el Este. Los seis mil nacionales del Norte, reunidos bajo las órdenes del general Rampón, establecidos en Saint-Omer y organizados con esmero, pero poco distantes de sus hogares, presentaban una útil reserva, siempre dispuesta á acudir donde estaba el mariscal Brune y á suministrarle el auxilio de su patriotismo. Los otros seis mil nacionales del Este debían reunirse en Maguncia, formar la guarnición de aquella plaza y hacer de este modo más disponibles las tropas del mariscal Mortier.

El mariscal Kéllermann, uno de los veteranos que Napoleón tenía costumbre de poner al frente de las reservas, mandaba los depósitos estacionados á lo largo del Rhin, y al mismo tiempo que cuidaba de su instrucción, podía, reservándose ya soldados instruidos, formar un cuerpo de alguna consideración y marchar ligeramente sobre el Alto Rhin si algún peligro le amenazaba.

Merced á esta reunión de medios, era posible hacer frente á todas las eventualidades: si la Hesse, por ejemplo, estimulada por los prusianos, inspiraba algún recelo, el mariscal Mortier partiendo de Maguncia podía trasladarse á ella con el octavo cuerpo; en cuyo caso el rey Luis, con sus tropas escalonadas, debía poner á su disposición una parte del campamento de Utrecht y de Wesel. Si el peligro amagaba á la Holanda, el rey Luis y el mariscal Mortier tenían orden de reunirse en ella ambos. El mismo mariscal Brune debía trasladarse allí por su parte. Si, por el contrario, era Boloña la amenazada, el mariscal Brune debía recibir el auxilio del rey Luis, á quien sus instrucciones encargaban acudir en

caso necesario hacia aquel punto de las fronteras del imperio. Con ese sistema de escalonamientos, calculado con una exactitud rigurosa, todos los puntos expuestos á un accidente cualquiera desde el Alto Rhin hasta la Holanda y desde la Holanda á Boloña, podían ser socorridos á tiempo y con cuanta presteza reclamase la marcha del enemigo más expedito.

Faltaba proteger las costas de Francia desde la Normandía hasta la Bretaña. Para este objeto había dejado Napoleón varios regimientos en aquellas provincias, y según su costumbre, había reunido sus compañías de preferencia en Pontivy, formando un campamento movable de dos mil cuatrocientos hombres entre granaderos y cazadores, al mando del general Boyer. Tenía éste á su disposición fondos secretos, espías y destacamentos de gendarmes: debía mandar patrullas á los parajes sospechosos, y caso de amagar algún desembarco por Brest ó por Cherbourg, caer sobre los invasores con sus dos mil cuatrocientos hombres. La única fuerza que se reservaba Napoleón en París era un cuerpo de ocho mil hombres, compuesto de unos cuantos escuadrones de caballería y tres regimientos de infantería, en los cuales había ya ingresado el contingente de reclutas correspondiente, y cuya instrucción estaba bajo la inspección del gobernador de París, Junot, quien tenía la orden especial de considerar éste como el primero de sus deberes. Estos ocho mil hombres componían la última reserva, dispuestos á acudir donde fuese necesario. Acababa de idear Napoleón un modo para hacer viajar las tropas en posta, y le utilizó para trasladar en seis días la guardia imperial desde París al Rhin. Las tropas destinadas á viajar de esta manera hacían el día de su partida una jornada á pie, se acomodaban después en carros que estaban estacionados de diez en diez leguas y en cada uno de los cuales iban diez hombres y recorrían así veinte leguas cada día. Los labradores llamados á prestar este servicio, facilitaban gustosos sus carros, pues percibían cinco francos por cada caballería. Había hecho preparar Napoleón ciertos trabajos para transportar en cuatro, cinco ó seis días, por los caminos de la Picardía, de la Normandía y de la Bretaña, hasta Boloña, Cherbourg y Brest, los ocho mil hombres que había dejado en París; en cuyo caso debería quedar la capital entregada á sí misma. «Es preciso, decía al príncipe Cambaceres, que le manifestaba sus recelos sobre este asunto, es preciso que París se acostumbre á no ver ya tantos centinelas en cada esquina.» Su intención era que sólo quedase en París la guardia municipal, que ascendía á la sazón á tres mil hombres. El nombre de Napoleón y la tranquilidad de la época hacían excusado destinar mayor fuerza á la custodia de la capital.

Por lo tocante á los puertos de Tolón y de Génova, Napoleón había dejado en ellos guarniciones suficientes; pero bien conocía que los ingleses no eran tan ilusos que trataran de asaltar unas plazas tan bien fortificadas. Sólo Boloña le inspiraba serios temores.

De esta manera se supo precaver contra todos los peligros posibles en el vasto círculo que su previsión había trazado. Si el Austria, prestando á la Prusia un socorro que por su parte no había recibido de ella, tomaba interés en la guerra, el ejército de Italia, reunido bajo el mando de Massena y apoyado en plazas de primer orden, como Palma-Nova, Mantua, Venecia y Alejan-

dría, podía oponer á los austriacos una fuerza de sesenta mil hombres, mientras el general Marmont con diez ó doce mil cayese sobre su flanco por el camino de la Dalmacia. Para la primera defensa de la Baviera, debían ser suficientes el Inn, Braunau y los bávaros. El mariscal Kéllermann tenía á su disposición los depósitos para defender el Alto Rhin; el mariscal Mortier, el rey Luis y el mariscal Brune, aproximando sus fuerzas entre sí, podían reunir cincuenta mil hombres en el punto que se viese amenazado desde Maguncia hasta el Hélder y desde el Hélder hasta Boloña; finalmente, París, caso de un peligro urgente, podría reducirse á sus tropas de policía y mandar un cuerpo de reserva á las costas de Normandía ó de Bretaña.

Estas varias combinaciones, redactadas con una claridad admirable y con los más minuciosos detalles, fueron comunicadas al príncipe Eugenio, al rey José, al rey Luis, á los mariscales Kéllermann, Mortier y Brune, en suma á todos los que habían de contribuir á su ejecución. Cada cual sabía lo que necesitaba para cumplir con su encargo; sólo el archicanciller Cambaceres, situado en el punto céntrico y encargado de dar las órdenes en nombre del emperador, tenía noticia del conjunto.

Con veinticuatro y cuarenta y ocho horas tenía Napoleón bastante para fijar sus planes y para arreglar sus pormenores una vez decidido á obrar. Dictaba entonces por espacio de uno ó dos días seguidos, y casi sin detenerse, hasta ciento ó doscientas cartas, todas las cuales se han conservado y durarán como modelos eternos en el arte de administrar los ejércitos y los imperios. Habiendo tenido que permanecer en Munich el general Berthier, intérprete habitual de sus voluntades, para los asuntos de la confederación del Rhin, hizo llamar al general Clarke y dedicó los dos días del 18 y 19 de septiembre á dictarle sus órdenes. Preveía Napoleón que aún pasarían unos veinte días en vanas explicaciones con la Prusia, al cabo de los cuales comenzaría inevitablemente la guerra, por cuanto las explicaciones eran ya ineficaces para poner fin á semejante contienda; por lo cual quiso emplear aquel tiempo en completar el grande ejército y en abastecerle de cuanto pudiera necesitar.

En veinte días no era posible poner en pie de guerra un ejército numeroso, aunque cada uno de los regimientos que habían de formar lo estuviese por su parte completamente organizado. Sólo para reunirlos en el punto principal de su concentración, distribuirlos en brigadas y divisiones, formar su estado mayor, y proporcionarle los trenes, los equipajes y el material de toda especie, sería aún menester una serie de operaciones largas y complicadas. Pero Napoleón, sorprendido el año anterior por el Austria en el momento de pasar á la Inglaterra, y en el año presente por la Prusia al regreso de Austerlitz, tenía su ejército enteramente dispuesto, y esta última vez hasta le tenía acampado en el teatro de la guerra, puesto que se hallaba en el Alto Palatinado y en la Franconia, y en tan buen pie que nada dejaba que desear bajo ningún concepto. Disciplina, instrucción, costumbre de hacer la guerra, recientemente renovada en una campaña inmortal, fuerzas recuperadas con un descanso de varios meses, salud excelente, anhelo de nuevos combates, amor á la gloria, lealtad

sin límites á su caudillo: todo lo reunía. Si algo había perdido de aquella regularidad en las maniobras que le distinguía al dejar á Boloña, en cambio de esta cualidad más aparente que sólida, había adquirido la seguridad y la soltura de movimientos que sólo se aprenden en los campos de batalla. Sus uniformes viejos, pero limpios, aumentaban lo marcial de su aspecto. Ya hemos dicho en otro lugar que aquellos soldados no habían querido que les dieran su nuevo equipo ni sus pagas, guardados en los depósitos, porque se reservaban disfrutarlos durante las funciones que Napoleón les había prometido para el mes de septiembre: funciones espléndidas, mas ¡ay! quiméricas lo mismo que el millar que en los pasados tiempos había prometido la Convención. Porque á aquel heroico ejército, destinado por la suerte á una guerra eterna, no le era dado ver ya nunca más funciones que los combates, y sus entradas en las capitales invadidas por la conquista y el asombro de los vencidos! ¡Cuán pocos de los valientes que le componían habían de volver á sus hogares y morir en la calma de la paz! Estos mismos estaban condenados á contemplar en su senectud su patria conquistada y repartida, despojada de la grandeza comprada á costa de su sangre generosa.

Pero por bien preparado que esté un ejército, nunca puede decirse que no le falte alguna cosa. Agregaba Napoleón á su profunda experiencia de la organización de las tropas, un conocimiento personal de su ejército verdaderamente extraordinario. Sabía el punto de residencia, el estado, la fuerza de cada regimiento; sabía lo que cada uno necesitaba, así por lo tocante al número de plazas como relativamente al material, y en cualquier punto que hubiese quedado un destacamento que debilitara la fuerza de alguno de ellos, al punto sabía dar con él. Como su primer cuidado era tener siempre al soldado bien calzado y con abrigo, mandó remesar inmediatamente capotes y los zapatos suficientes para que cada hombre tuviese un par puesto y dos en su mochila; uno de estos dos pares se dió en gratificación á todos los cuerpos; merced que, aunque módica, no carecía de valor atendida la escasa hacienda del soldado. Mandó comprar en Francia y fuera cuantos caballos de silla y de tiro se proporcionasen, no porque en la actualidad faltasen en el ejército, sino porque, solícito siempre con los depósitos, deseaba que los caballos fuesen tan abundantes como los soldados. Ordenó en seguida que de los depósitos, atestados ya de reclutas, saliesen de cada regimiento trescientos ó cuatrocientos hombres, con objeto de dar á los batallones de guerra la fuerza efectiva de ochocientos ó novecientos hombres, previendo que después de dos meses de campaña quedarían en breve reducidos á seiscientos ó setecientos. La fuerza del grande ejército iba á recibir de aquel modo un aumento de veinte mil combatientes, con lo cual ya sería posible licenciar, sin debilitarle demasiado, á todos los soldados inutilizados por las pasadas fatigas, pues hasta entonces el ejército de la revolución no había conocido para su lealtad acrisolada más término que las mutilaciones ó la muerte.

Había en sus filas muchos veteranos, apegados á sus regimientos como á su propia familia, los cuales, aunque dispensados de todo servicio, estaban, sin embargo, siempre dispuestos á mostrar en los peligros su

antiguo denuedo, y empleaban sus ocios en narrar á sus menos experimentados sucesores las maravillas en que habían tenido parte. Entre los capitanes principalmente, había muchos que ya no podían servir. Mandó Napoleón sacar de las escuelas militares todos los manebos que por su edad fuesen aptos para la guerra, para hacer de ellos nuevos oficiales, porque apreciaba mucho á los jóvenes procedentes de las escuelas; no sólo los juzgaba instruídos, sino también valientes, porque es indudable que la educación engrandece el corazón tanto como la misma inteligencia.

Después de adoptar los medios necesarios para rejuvenecer el ejército, pensó en el modo de organizar sus equipajes. Quería hacerlo de una manera expeditiva y con pocos bagajes. No es cierto que su experiencia hiciese para él inútiles los almacenes, como algunos han supuesto, porque sobre no descuidar ningún género de precauciones, sabía atender tanto á las provisiones como á las mismas plazas fuertes; pero á la guerra ofensiva, que era la que él prefería, no consentía el establecimiento de almacenes, porque hubiera sido menester formarlos en el territorio enemigo, que era el que siempre se empezaba por ocupar. Su sistema de manutención consistía en poner todas las noches á contribución el país ocupado, en dilatarse lo suficiente para que todos pudiesen proporcionarse el sustento, aunque nunca tanto que hubiese dispersión, y por último, en que las tropas llevaran consigo en arcones el pan para varios días. Estas provisiones, hechas con tino y renovadas en cada parada, servían para los casos extraordinarios de reconcentración de fuerzas que precedían ó sucedían á los combates. Napoleón había calculado que para su transporte necesitaba dos arcones para cada batallón y uno para cada escuadrón. Agregando á esto los carros necesarios para los heridos y enfermos, con cuatrocientos ó quinientos arcones debía haber lo suficiente para todas las necesidades del ejército. Prohibió expresamente que ningún oficial ni general emplease en su uso particular los carros destinados para las tropas, porque los transportes corrían á cargo de una compañía que alquilaba al Estado sus arcones con sus correspondientes tiros. Descubrió en cierta ocasión Napoleón que uno de los mariscales, protegido por dicha compañía tenía á su disposición diversos carros y al punto castigó con toda severidad esta infracción haciendo responsable al príncipe Berthier del cumplimiento de sus órdenes. No se conocían entonces en el ejército los abusos que el tiempo y la creciente riqueza de sus jefes introdujeron en él en breve.

Mandó después hacer grandes acopios de grano á lo largo del Rhin y una inmensa fabricación de galletas. Debían estos víveres reunirse en Maguncia, y de aquí ser llevados por medio de la navegación del Mein á Wurtzburgo. Por su situación en la Franconia superior, tan cerca de los desfiladeros que conducen á Sajonia, y por dominarle una excelente ciudadela, debía ser el Wurtzburgo la base de nuestras operaciones. Averiguó Napoleón si habría en sus cercanías algunos otros puntos fortificados, y habiéndole designado como tales los oficiales que secretamente hicieron el reconocimiento por su encargo los pueblos de Forchheim y Kronach, mandó armarlos y poner á recaudo en ellos los víveres, municiones y útiles cuyo acopio había dispuesto.

Hacia muchos meses que el Wurtzburgo pertenecía al archiduque Fernando, el mismo que había sido sucesivamente gran duque de Toscana, elector de Salzburgo, y por último duque de Wurtzburgo después de celebrada la última paz con el Austria. Solicitaba este príncipe su reunión con la confederación del Rhin, en la cual estaban enclavados sus nuevos Estados; era apacible, juicioso, tan favorable á la Francia como podía serle un príncipe austriaco, y había seguridad de conseguir de él cuantas transacciones pudiesen desearse para los preparativos que se querían hacer. De este modo llegó á ser el Wurtzburgo el foco de todos los acopios y reuniones dispuestos por Napoleón.

Desde la crisis rentística del último invierno, no había vuelto á faltar el dinero; Napoleón además tenía un excelente recurso en el tesoro del ejército. Con este tesoro, exclusivamente consagrado á pagar á sus soldados, hacía empréstitos que el Estado debía reembolsar inmediatamente pagando el interés y el capital de las sumas prestadas. Había enviado gran cantidad de numerario á Estrasburgo y confiado algunos fondos al príncipe Berthier, para vencer con el dinero los obstáculos que se opusieran á la ejecución de sus planes.

Como hemos dicho, la guardia imperial había viajado en posta por medio de los carros apostados con sus tiros en el camino; tres mil granaderos y cazadores de infantería habían sido transportados de este modo á su destino. No pudiendo servirse del mismo modo con la caballería y la artillería, se dispuso que los granaderos y cazadores de á caballo emprendiesen su marcha como de costumbre, juntamente con el tren de artillería de la guardia, formando entre todos tres mil caballos y cuarenta cañones. Resultaba por lo tanto una reserva de siete mil hombres para hacer frente á todos los casos imprevistos. Napoleón, que era tan prudente al obrar como atrevido al concebir sus planes, daba suma importancia á las reservas, y para establecer una era para lo que principalmente había creado la guardia imperial; pero siempre perspicaz en descubrir los inconvenientes que pudieran producir las cosas más recomendables, había reconocido lo dispendioso de aquella guardia, y temía privar con ella al ejército de hombres escogidos. La tropa de vélites, que eran una especie de voluntarios que había instituído para aumentar la guardia sin sacar gente del ejército, le pareció también demasiado costosa, y por otra parte escasa; por lo cual mandó formar con el título de *fusileros de la guardia* un nuevo regimiento de infantería, cuyos soldados se eligiesen entre el contingente de cada año, cuyos oficiales desde subteniente se sacasen de la guardia, que llevase el mismo uniforme que ésta, que sirviese con ella aunque se la tratase como á tropa joven, es decir, con menos consideración en los fuegos, gozase de un ligero aumento de prest y reuniese en breve todas las cualidades de la misma guardia, costando menos y no privando al ejército de sus mejores soldados. Mientras esta ingeniosa combinación daba su fruto, recurrió Napoleón al medio, ya otras veces usado, de sacar de los diversos cuerpos las compañías de preferencia y reunir las en batallones. De este modo se habían formado en 1804 los granaderos de Arrás, llamados después granaderos de Oudinot. Formáronse en aquella época las compañías de granaderos de todos los regimientos

que no estaban destinados á formar parte de la expedición de Boloña, y después de la victoria de Austerlitz muchas de ellas fueron enviadas otra vez á sus respectivos cuerpos. Mandó Napoleón agregar á las que habían quedado reunidas los granaderos y cazadores de los depósitos y regimientos estacionados en las divisiones militares 25.^a y 26.^a (países comprendidos entre el Rhin, el Mosa y el Sambre), organizarlas en batallones de seis compañías cada uno y encaminarlas á Maguncia. Este nuevo cuerpo de siete mil hombres, reunido á la guardia imperial, debía aumentar la fuerza de la reserva hasta catorce mil hombres, á los cuales agregó después dos mil cuatrocientos dragones escogidos, formados en batallones de cuatro compañías ó escuadrones, que debían servir, ya á pie, ya á caballo, siempre al lado de la guardia. Estos dragones, sacados de la Champaña, Borgoña, Lorena y Alsacia, podían trasladarse en veinte días al Mein.

Las reservas, cuya disposición acabamos de describir, agregadas á los reclutas procedentes de los depósitos, iban á aumentar considerablemente la fuerza dispuesta á marchar contra la Prusia. El grande ejército se componía de siete cuerpos, de los cuales sólo había en Alemania seis, por haber pasado á la Dalmacia el segundo al mando del general Marmont. Los comandantes de esos seis cuerpos eran los mismos de antes. Mandaba el primero, de veinte mil hombres, el general Bernadotte; el mariscal Davout mandaba el tercero, que tenía veintisiete mil; el mariscal Soult estaba al frente del cuarto, cuya fuerza ascendía á treinta y dos mil soldados; el mariscal Lannes, siempre leal, pero siempre puntilloso é irascible, se había separado momentáneamente del mando del quinto, de resultas de una pasajera desavenencia; pero al primer rumor de guerra volvió á ponerse á su frente. Este cuerpo ascendía á veintidós mil hombres, aun después de segregarse de él los granaderos de Oudinot. Continuaba dirigiendo el sexto cuerpo, cuya fuerza efectiva quedó reducida á veinte mil soldados, el mariscal Ney; y el mariscal Augereau mandaba el séptimo, que sólo tenía diez y siete mil hombres. La reserva de caballería, diseminada por los países abundantes en forraje, podía reunir unos veintiocho mil jinetes; Murat, que continuaba siempre á su frente, había recibido orden de salir del ducado de Berg, y acudía al llamamiento lleno de júbilo porque iba á renovarse un género de guerra en que tanto sobresalía, y que le prometía por recompensa de sus hazañas, no ya un ducado, sino una corona.

Entre estos seis cuerpos y la reserva de caballería juntaban una fuerza de ciento sesenta mil combatientes. Agregando á ésta la guardia, las tropas escogidas, los estados mayores y el parque de reserva, puede decirse que el grande ejército ascendía á unos ciento noventa mil hombres. Era de presumir que no estaría todo reunido en los primeros días, pues de toda la guardia y de las compañías de preferencia sólo la guardia de infantería podía haber llegado; pero ciento setenta mil hombres bastaban, y aun sobraban, para dar principio á la guerra. Los cuerpos estaban compuestos de las mismas divisiones, brigadas y regimientos que en la última campaña: disposición muy acertada, porque oficiales y soldados habían ya aprendido á conocerse y á confiar unos con otros. La organización general seguía siendo